

gias, se encerró en una Iglesia fuera de la ciudad orando con sus Arrianos. Muy presente tuvo en medio de la universal consternacion Valente, Obispo de aquella ciudad, el servirse y sacar partido de la credulidad del débil Emperador con un artificio bastante para dar idea de este seductor <sup>(1)</sup>. Tenia colocadas gentes á caballo para saber secretamente los sucesos del combate. Le noticiaron que el enemigo retrocedia, y al momento fingiendo salir de un éstasis, dijo al Príncipe que un ángel acababa de anunciarle el triunfo. Efectivamente, las tropas de Constanzo peleando con un valor extraordinario por el resto de la familia querida de Constantino, y habiendo su caballería, que era muy superior á la de los rebeldes, derrotado cuanto se la ponía á la vista, rodeó por el flanco á la infantería, penetró por medio de ella, y la desordenó. El combate no se concluyó aun, sino que se siguió durante la noche con un encarnizamiento que solo se encuentra en las fuerzas divididas de un mismo Imperio. El campo de batalla quedó por fin por el legítimo Emperador, mas todo sembrado de muertos en número igual de una y otra parte. Quedaron entonces las antiguas legiones cuasi destruidas de todo punto, y esta fue tal vez la causa principal de la decadencia del Imperio Romano, el que nunca se vió mas espuesto á la invasion de los bárbaros como despues de esta fatalidad.

El vencedor triste no pudo detener las lágrimas viendo á tantos guerreros muertos en el campo de

(1) *Sulpic. Sever. lib. 2. hist.*

batalla. Hallóse su egército tan debilitado que no se creyó en estado de seguir por entonces la victoria; mas la campaña siguiente acabó lo que este primer suceso, y aun mas las negociaciones del invierno habian preparado. No obstante, fue necesario combatir otra vez; porque Magnencio habia formado en las Galias un nuevo egército, que fue derrotado por los tenientes de Constanzo entre el Ródano y los Alpes. Salvóse el vencido en Leon, en donde no viéndose ya seguro se desesperó, asesinó á su madre, dió muchas puñaladas á su hermano Decencio, al que acababa de crear César, y despues se suicidó el año de 353. Constanzo quedó Soberano único del Imperio, y se vió en estado de poner por obra todas sus voluntades así en el gobierno político como en la Religion.

39. Sus mas horribles injusticias contra los ortodoxos y el mayor rigor de su persecucion, deben referirse á esta época. Habíase ya notado antes del completo fin de esta trágica escena, que el perseguidor se hacia cada dia mas atrevido al paso que el cielo aseguraba su poder. En su viage, despues de haber derrotado á Vetranion, otro de los rebeldes, junto en Sirmio ó Sirmich, metrópoli de la Iliria, un Concilio compuesto casi todo de Obispos Arrianos que llevaba siempre en su compañía. Tratábase de condenar en su Iglesia misma á Photino, Obispo de aquella ciudad, haciendo ver sobre el punto en que erraba, la conformidad del Oriente con el Occidente. Todos aplaudieron esta sentencia como útil y justa; mas por

la manía tan comun en los reformadores, formaron un nuevo símbolo. De todos los artículos que comprende y que proscriben diferentes errores, ninguno explica la consubstancialidad ni aun la semejanza del Hijo de Dios con su Padre, y aun llegaron á decir: *no colocamos al Hijo en el orden del Padre, y le concebimos como que le es subordinado.* Pero es de notar, que el término de subordinacion que se usa aquí, designa precisamente el orden de origen, y no la desigualdad como lo creen algunos escritores modernos; pues el Concilio de Antioquía de la Dedicacion, tan constantemente estimado de los Eusebianos y que debe por consiguiente explicar al de Sirmio, da claramente á esta palabra el sentido que dejamos dicho. Es no obstante insuficiente este último símbolo á causa de su silencio, así sobre la identidad de substancia, como sobre la igualdad; y tal es el veneno de esta primer fórmula de Sirmio, de que se hará mención en adelante.

40. San Pablo de Constantinopla fue una de las primeras víctimas sacrificadas á la infeliz prosperidad de Constanzo; habiendo vuelto á su Iglesia sin que se sepa cómo, pero verosímilmente volvió del mismo modo que San Atanasio por la proteccion de Constante. Nada llamó tanto la atención de Constanzo como el echar á un Prelado tan Cotólico, y poner en su lugar á Macedonio; pero como el pueblo hacía mas justicia á Pablo, fue preciso servirse de astucias y quebrar los hierros de una reja por donde sacaron al santo Obispo. Alzóse sin embargo una furiosa con-

moción, cuando se trató de llevar á Macedonio á la Iglesia; y murieron en este lance mas de tres mil personas, ya por las armas de los soldados que mandaba el Prefecto Filipo en ausencia del Emperador, ya por el tumulto en que fueron sufocadas. Fue conducido el Obispo Pablo con cadenas de destierro en destierro hasta Cucusa, en los desiertos del monte Tauro. Encerráronle allí en un espantoso reducto, abandonándole á los horrores del hambre; y como despues de seis dias respirase todavía, y los satélites no pudiesen sufrir tanta dilacion, le ahogaron y publicaron despues que habia muerto de enfermedad. Descubriólos para vergüenza suya un Arriano mismo; y la Iglesia no tardó en honrar la memoria del santo Mártir.

41. Estaban los hereges muy furiosos contra Atanasio, al que habian visto restablecer en su Silla de un modo tan glorioso; pero lo que hacia su justificacion vino á ser su mayor delito. No habia podido notar sin pasmo al tiempo de recorrer Constanzo las vastas regiones tras los rebeldes, el gran número de Iglesias que se gloriaban de seguir la comunión del santo Obispo de Alejandría; en tanto que los sectarios se daban traza de persuadirle sobre todo la desercion general de todos los Obispos en favor de la secta. Mudaron pues de batería, y achacaron á Atanasio como un delito capital esta unanimidad misma, y quisieron confirmar con esto las sospechas de sus arriesgadas correspondencias y de sus intrigas.

109 Leoncio de Antioquía, Teodoro de Heraclea, Aca-

cio de Cesaréa de Palestina y Narciso de Neroniade, mantenidos en sus diócesis por la proteccion secular, aunque depuestos todos canónicamente, eran entonces los corifeos del partido. „Bien preveíamos, dicen al Príncipe, cuando levantasteis el destierro á este súbdito turbulento, que nos quitabais el crédito y vos mismo ibais contra vuestra tranquilidad. Atanasio ha llenado el mundo de cartas artificiosas. Acabais de ver como sedujo á la mayor parte de los Obispos, entre los cuales ganó hasta una parte de los nuestros, y en breve si no poneis remedio, ganará á los demás. Cuasi nos apellida públicamente hereges y lo mismo á vos; pero lo que no hubiera sido oportuno en tanto que se sembraba la cizaña entre los dos augustos hermanos, al presente debe castigarlo vuestro justo resentimiento. No tan solo indispuso contra vos al Emperador Constante, sino que tambien se pasó al partido del parricida Magnencio, y tenemos copia de una detestable carta que le ha escrito.”

Acalorando á Constanzo con estos ardides que tantas veces habia reconocido como á tales, le sedujeron nuevamente, y olvidando sus promesas y los juramentos con que las habia confirmado, mandó condenar á Atanasio por los mismos occidentales y separarle para siempre de su Iglesia. Osaron los Arrianos dirigirse al Papa Liberio, que habia sucedido á San Julio, muerto el doce de Abril de este año de 352, despues de un Pontificado glorioso de mas de quince años. No prometia menos Liberio, tanto por su doctrina, como por sus virtudes, en particular por

un temor humilde de los deberes del Pontificado, que le obligaron á aceptar cuarenta dias despues de la muerte de su antecesor. Apenas fue elegido cuando le escribieron de Oriente para proponerle é instarle á que negase su comunión á Atanasio. Creyó en vista de esto que lo mas conveniente en tan críticas circunstancias era reunir un Concilio en que se tratase primero de la fe que nó podia variar la Iglesia: despues de lo cual con facilidad se convenceria lo que tocaba al Obispo de Alejandría, y hacia su causa comun con la de la Religion. Al momento avisó al Emperador para la convocacion.

42. La cabeza de esta legacia fue Vicente de Capua, que merecia la confianza del Papa, y asistió á un Concilio que se tuvo en Arlés en las Galias, donde Constanzo pasó el invierno del año 253, despues de la derrota y muerte de Magnencio. Habia estado este legado en los Concilios Ecuménicos de Nicéa y Sárdica, donde adquirió mucha gloria, y donde hizo su justificacion San Atanasio. No tuvo ánimo á pesar de esto para resistir á las amenazas del Emperador; y firmó la condenacion del grande Atanasio, sin que se hubiese tratado anteriormente de la fe como se le habia encargado. Arrastró su egemplo á la mayor parte de los Obispos, pero Paulino de Tréveris, sucesor de San Maximino, fue inalterable, y dijo en términos espresos, que solo insistia en la condenacion de Fotino de Sirmio, y de Marcelo de Ancira: en lo que mostró además de la firmeza de su fe, la sagacidad de su espíritu y la exactitud de su discurso.

Se le desterró por esto, y murió por la causa del Señor en el lugar del destierro. Fue degollado también en su destierro por haber resistido á las vivas instancias que se le hacian de continuo para que suscribiese á la condenacion de Atanasio, Lucio de Mougancia imitando el valor de Paulino, y padeció mucho mas que él.

43. No es dado explicar el dolor de Liberio cuando supo la prevaricacion de su Legado. La reprobó en público, escribió al Emperador en los términos mas duros, y le envió á proponer por Eusebio, Obispo de Vercelis y Lucifero de Cagliari, la convocacion de un Concilio general del Oriente y del Occidente. Distinguíase Lucifero, Metropolitano de Cerdeña y de las islas vecinas, menos por su dignidad, que por la nombradía entonees intacta de su doctrina, de su virtud y de su talento en los negocios y ciencias eclesiásticas; pero lo que hacia mas importante su comision era que conocia á fondo la íntima relacion de los intereses de Atanasio con los de la Iglesia. Solo por un mérito capáz de hacerle preferir, aunque extranjero, á un gran número de escelentes sugetos del pais habia sido colocado en la Silla de Vercelis Eusebio, natural de Cerdeña, de donde provino verosímilmente su amistad con Lucifero, y el motivo del Papa en asociarlos. Tal es el primer Obispo que unió en el Occidente la vida monástica con la vida clerical. Vivió y obligó á vivir á sus Clérigos en el ejercicio continuo del ayuno, de la oracion y del retiro de toda sociedad secular. Estos eran los ministros ó

mediadores que el Papa Liberio envió segunda vez al Emperador Constanzo.

Aunque le mostraron la verdad manifiesta y clara los escuchó muy tranquilamente este Príncipe, á quien nada costaba el fingimiento para conseguir sus intentos. Prometió reunir un Concilio en Milán al año siguiente, al que todos los Obispos del mundo cristiano podrian venir libremente sin esceptuar los de Egipto, aunque en extremo adictos á San Atanasio. Conviniéron con gusto los Arrianos en ello, persuadidos del grande influjo que tendria el poder imperial sobre el espíritu de los Prelados por muchos que fuesen.

44. Mas antes de conducir á los ortodoxos al punto que se proponia, quiso Constanzo librarse de toda zozobra respecto de Galo. Abusaba de su autoridad este nuevo César, cuñado y primo hermano del Emperador, y le acusaban de aspirar á la independencia. Atrájole Constanzo á sí con su disimulo y sus artificios ordinarios, y al momento fue preso, y formada su causa le cortaron la cabeza el año de 354, á los veintinueve de edad, y cerca de cuatro de reinado.

Entonces se vió su hermano Juliano en el mayor riesgo; pues fue preso al propio tiempo que Galo y estuvo siete meses en la cárcel. Intentaban perderle enemigos poderosos; pero la Emperatriz Eusebia le auxilió con todo su poder, y movió al Emperador á que le oyese por sí mismo acerca de las sospechas que habia formado. Era elocuente, y habló con tanta fuerza que logró se le enviase á Atenas para perfec-

cionarse, segun él decia, en las ciencias preferibles á todas las coronas. Este Príncipe tenia entonces veintitres años, y profesaba aun en público la Religión Cristiana; pero hacia tres años que habia renunciado de todo punto á la fe en su interior, ó á lo menos estaba poco adicto á ella, y aun se notó desde su infancia que se inclinaba al paganismo. Cuando estudiaba con su hermano la elocuencia y la lógica, se ejercitaban en hablar en pro y en contra de la Religión, y siempre escogia Juliano defender la causa de los falsos dioses y de los idólatras.

Su espíritu ligero, zozobroso, amante en extremo de la novedad y de lo admirable, se complacia sobre todo con la compañía de los autores de horóscopos y de los sofistas mas charlatanes. Con tales disposiciones el clima de la Grecia no podia menos de fortificar su inclinacion á la idolatría. Cerró los ojos á cuanto allí habia mas propio para ilustrarle. El filósofo ó mago Máximo le lisongeaba desde algun tiempo antes con la esperanza de ver los antiguos dioses del Imperio, para lo que le condujo un dia á un templo de ídolos. Despues de muchas ceremonias supersticiosas y de toda especie de evocaciones, el jóven Príncipe los vió ó juzgó verlos bajo de horribles figuras (1). Lleno de terror hizo la señal de la cruz por un género de costumbre, y todo desapareció en un instante. Atribuyéndolo Juliano á la virtud de la cruz, le dijo el encantador: „no es el temor el que puso en fuga á los dioses, sino el terror que tuvieron de vuestra infide-

(1) Theodoret. lib. 3. hist. cap. 3.

lidad.” Juliano, que no dejaba la fe, sino porque se gloriaba de seguir la razon, se dió con todo por satisfecho con tal débil contestacion.

Conoció en Atenas á Basilio y Gregorio que concluían á la sazón el curso de sus estudios, y en breve llegaron á ser las dos mas brillantes lumbreras de la Iglesia (1). Desde aquel tiempo ya le penetraron á pesar de sus cuidados en ocultar su profana desercion. Descubria su exterior el desórden de las potencias de su entendimiento. La mayor parte de sus movimientos ordinarios eran convulsivos y desagradables (2). Meneaba continuamente la cabeza y las espaldas, hacia gestos con la boca, vacilaba siempre sobre sus pies, y sus pasos no tenian fuerza. Interrumpiase muchas veces á sí mismo hablando, ó se quedaba cortado de un modo muy ridículo: hacia preguntas importunas y daba respuestas obscuras, tan fuera de razon, como sin gracia ni método. Estas cosas extravagantes eran mucho mas desagradables en él, porque era feo y fastidioso en el aire de su cuerpo, en el rostro, y en toda su figura; la nariz roma, el cuello corto, las espaldas muy anchas, el talle corto y reducido, y con un desaseo tan chocante, que Gregorio viéndole decia algunas veces á su amigo Basilio: *¡qué monstruo cria el Imperio Romano! ¡quiera el cielo que yo sea mal profeta!*

45. Ambos eran de Capadocia estos dos ilustres amigos: Basilio de Cesaréa, Metrópoli de la provin-

(1) Gregor. Nazianz. Orat. 4. (2) Ammian. Marcel. lib. 4. cap. 8.

cia, y Gregorio de Nazianzo, hijo de Gregorio, Obispo entonces de aquella ciudad. Estas dos familias muy señaladas por su dignidad y nobleza, lo eran mucho mas por una piedad que les era hereditaria. Tres Santos hubo venerados por la Iglesia; Gregorio, Obispo de Nisa, Pedro, Obispo de Sebaste, y Macrina su hermana, en sola la familia de Basilio entre sus hermanos y hermanas, sin contar á su madre Santa Eumelia.

Era Basilio, lleno de conocimiento y erudicion, muy profundo en todas las partes de la filosofia concernientes á la Religion: aprendió de los otros lo preciso para hablar exacta y facilmente, y esto con tanta dicha, que antes de juntarse con Gregorio en Atenas para perfeccionar allí su gusto, ya le habia precedido la mayor nombradía. Acostumbróse á una especie de elocuencia llena de vigor y nobleza, exacta y metódica, con una diction tan pura, tan propia y tan adecuada, que los mejores jueces le igualan á los oradores mas célebres de la antigua Grecia, sin exceptuar á Demóstenes.

No se distinguió menos, así por su profunda doctrina como por su elocuencia llena de entusiasmo y fuego, Gregorio de Nazianzo, que además de su padre cuenta tambien muchos santos en su familia, esto es, su hermana Gorgonia y su hermano Cesario. Reunió tal conocimiento de las sagradas Escrituras y de los mas recónditos misterios, que se le considera entre los Padres de la Iglesia por la sublimidad y penetracion, como á San Juan entre los Evangelistas.

Solo de él entre los doctores antiguos, se afirma que no profirió proposicion alguna que tenga conformidad ni aun en la apariencia con el error. Estas luces y esta feliz exactitud le adquirieron por escelencia el sobrenombre de teólogo. No fue menos feliz en conocer á los hombres, como lo mostró previendo el primero lo que seria algun dia Juliano.

46. El mal estado de las Galias assoladas por los bárbaros, obligó á Constanzo á crearle César y á enviarle al socorro de aquellas provincias, cuando vivia aun como sumido en la obscuridad y el estudio. Mostró Juliano salir de Atenas con repugnancia, ya fuese por amor á la filosofia ó por temor de la suerte de su hermano. Al llegar á Milán, donde le esperaba el Emperador, le hizo quitar la barba y dejar el manto de filósofo; y en presencia de los soldados le declaró César el dia 6 de Noviembre del año 355, á los veinticuatro de su edad; y despues se desposó con la Princesa Elena, hermana de Constanzo, el que le mandó marchar al momento para las Galias, tomando antes él mismo todas las medidas imaginables para impedirle que se hiciese allí demasiado poderoso; y aun quiso este Emperador detenerse en Italia para observarle de cerca, aunque con el pretesto de estar mas inmediato á las fronteras del Imperio.

47. Ya estaba reunido el Concilio que el Papa habia pedido el año anterior, y cuya celebracion apresuraron los mismos Arrianos despues de haber puesto todas sus baterías para dominar en él. Se hizo en Milán, segun la primera orden, desde los principios de

este año 355, y asistieron pocos Orientales, escusándose la mayor parte de ellos con lo largo del camino; los Occidentales eran mas de trescientos. Eusebio Vercelense que de cerca observaba mejor el giro que tomaban los últimos negocios, no quiso concurrir; pero por último no pudo resistirse á las instancias de los otros Prelados, del Emperador, y sobre todo de los legados del Papa. Reuniéronse al principio en la Iglesia segun se acostumbraba, estando los Obispos hácia el altar ocultos al público por un gran velo que separaba el coro de la nave, y el pueblo en grande número estaba hácia la puerta. Entonces ocupaba la Silla de Milán Dionisio, discípulo de Eusebio que le miraba como su hijo. Cuenta de este Obispo el autor de un sermón atribuido falsamente á San Máximo de Turín, una historia bien inventada, que ha sido adoptada, y ha seducido á algunos escritores, cuya crítica era por lo comun circunspecta. Esta pieza apócrifa que lleva consigo caracteres evidentes de tal, y del poco juicio de su autor, refiere que Dionisio habia firmado débilmente al principio la condenacion de Atanasio: que Eusebio á su arribo le hizo conocer las malas consecuencias que resultaban para toda la Iglesia: que despues para hacerla borrar afectó el santo Obispo de Vercelis querer firmarla él mismo, pero quejándose de que hubiese firmado antes que él un Obispo que le era tan inferior en edad como Dionisio su discípulo; y que los Arrianos borraron al momento la firma puesta antes de Dionisio. Seria bien extraño que todas estas particularidades, que se supo-

nen verdaderas, se hubiesen ocultado á Sócrates, á Sozomeno, y á Teodoreto, que no hacen mencion alguna de ellas. Estos tres autores, los únicos fiadores seguros de los sucesos de esta edad, representan al contrario unánimemente á San Dionisio, como un Prelado de una constancia inalterable en seguir la verdad ortodoxa, y particularmente en el Concilio de Milán.

Presentó un egemplar del Concilio de Nicéa San Eusebio, instado vivamente á que subscribiese á la condenacion del grande Atanasio, diciendo que el órden apostólico, y la conducta encargada á los Padres de Milán desde el momento de su vocacion era afirmar ante todo el dogma, sujetándose á los decretos de Nicéa. Dionisio acudió inmediatamente á firmar este santo Concilio; pero Valente de Mursa, que acababa de volver al vómito retractando la misma retractacion que poco antes habia dirigido al Papa Julio, le arrancó la pluma de las manos y gritó sediciosamente que sobre esto no se daria un solo paso. Los Prelados bien intencionados replicaron; los sectarios se conmovieron con todo el calor de un partido protegido poderosamente; pero el pueblo aun mas fogoso principió á gritar con amenazas detrás del velo, que era preciso arrojar á los Arrianos. Para exhortarlos á la moderacion y á la paz, se presentó Dionisio, Obispo de la ciudad, representándoles que á la Religion de Jesu-  
cristo no podia defenderse con sublevaciones.

Los novadores consternados dejaron el lugar sagrado, é hicieron transferir el Concilio al palacio. En-